

REVISTA CLIO

JULIO DE 1936

Publicación bimestral del Centro de Estudiantes de Historia y Geografía
del Instituto Pedagógico.

J. Muñoz R.

(II Año)

Las generaciones y la historia

Hay sin duda un elemento esencial que es el que hace la historia, y éste no es una parte de aquella, es decir del devenir histórico, sino que se halla fuera de dicho devenir y su devenir propio produce a este otro devenir. Ese elemento esencial es el hombre, verdad perogrullesca que parecen haber olvidado los marxistas. Pero no siempre el hombre ha tenido «historia»; así ha habido pueblos sin historia, y hay aún actualmente algunos que no la tienen. Puede decirse que la historia comienza cuando el hombre ha llegado a cierto grado de evolución espiritual, no cuando empieza a dominar el medio que le rodea, como creen algunos etnólogos, ya que este proceso empieza en el momento en que el hombre utiliza la naturaleza en provecho propio, lo cual se comienza ya en la época paleolítica, en la cual se dan también las manifestaciones culturales primarias—artes, fetichismo o animismo, técnica del uso de la piedra,—sino cuando el hombre ha concebido al universo como una entidad que se halla separada «realiter» de su espíritu y cuando han comenzado las formas elementales de aquel proceso que puede llamarse «sublimación» (1). Pero esto no es

sino el resultado de uno de los elementos fundamentales de la evolución del espíritu y en lo cual dicha evolución se revela: la oposición entre las generaciones sucesivas, oposición que no siempre es constante y que nunca toma una forma igual a otra ya anterior. Esta oposición en las generaciones puede llevar tanto al progreso como a la decadencia. Pero a veces existe entre las generaciones un desacuerdo que es más violento que en otras ocasiones en que también dicho desacuerdo se produce.

De esta manera puede considerarse que el ritmo de la historia se halla determinado por el de las generaciones. Una sustituye a la otra y la nueva adopta una actitud beligerante ante la anterior. Nada se sabe, por ejemplo, de estas luchas en la Edad Media, la cual parece, dada su distancia, los movimientos de un sonámbulo, a pesar de su exuberante riqueza de formas producidas, pero esto se debe a que la historia hasta ahora ha operado solamente con los productos de una época, para sobre esta base deducir la correspondiente interpretación, y no se ha atendido al producirse del devenir histórico; la lucha de las generaciones se incluye en este

último y no se transparenta de una manera fiel en los productos de las diversas épocas. Puede decirse en líneas generales que la decadencia se produce —o, por lo menos, es un síntoma de ello—, cuando la oposición entre las generaciones desaparece; cuando los productos culturales se periclitán y cristalizan en formas amorfas y desprovistas de sentido. Es necesario, empero, no tomar al pié de la letra este concepto, es decir no catalogarlo entre los conceptos zoológicos.

Así ha habido generaciones, por ejemplo, que se han unido subrepticamente a las generaciones pretéritas, lo cual se ha debido a una coincidencia en la dirección, en que ambas han tenido que colaborar juntas en una obra de común construcción, acaso suceda en las épocas de formación de una cultura. Así en la Roma decadente laboraban los romanos poseedores de la antigua tradición pagana y reacios a ella, junto con los que representaban el espíritu cristiano, al dios omnipotente y único que era el símbolo primario de la futura cultura occidental. Fenómeno análogo sucede en Grecia en donde el camino de la oligarquía a la democracia hubo de hacerse a través de la tiranía, cuyo rol especial dentro de dicha evolución fué tergiversado por los escritores griegos, como ser por Aristóteles. Aquí en este caso una parte de la generación antigua que había quedado desventajosamente colocada se adhería a los ideales de la nueva. Pero este proceso es más complejo aún. Así la concepción del Estado democrático nace en Grecia de entre la aristocracia que representaba la tradición y que detentaba y sostenía el régimen oligárquico, la cual fué ayudada en este trabajo por la burguesía que se había ido formando

lentamente y por los hectomoros (en Atenas) quienes representaban el espíritu nuevo. Esos jefes de la masa burguesa y rural se convirtieron en los tiranos, los cuales surgieron porque la generación tradicionalista se opuso a la obra de algunos de sus espíritus más avanzados que se habían erigido en legisladores (recuérdese que la antigua aristocracia conservaba las leyes por medio de la tradición oral), tales como Zaleucos, Charondas, Solón, etc. Estos tiranos fueron demagogos por excelencia, así Pisistrato repartió la tierra que había confiscado a los eupátridas, entre los hectomoros; cosas análogas hicieron los Cipsélidas en Corinto, los Ortagóridas en Sicione, los Pentíidas en Mitilene, los Basíidas en Mileto. La mayor parte de estos tiranos surgieron del seno mismo de la aristocracia. Glotz les caracteriza así: «el tirano es ante todo el jefe que lleva a la multitud en contra de los ricos, aquel a quien la multitud pone de preferencia a su cabeza y por quien trabaja para aumentar su grandeza y su poder.» (Cf. «Histoire Grecque», t. I, pág. 244). Aquí se ve, cómo bruscamente una generación dotada de un nuevo espíritu se rebela contra la antigua, buscando apoyo en algunos grupos descontentos de ésta. Así Pisistrato era un antiguo noble, la mayor parte de los tiranos fueron aristócratas que aprovecharon la circunstancias de poseer una magistratura para apoderarse del poder. En las colonias de Sicilia y de la Magna Grecia los tiranos fueron siempre los estrategas.

Pero estos procesos por los cuales una generación nueva se levanta contra la anterior no se basa en causas tan sencillas, como se cree. Así Glotz explica la evolución democrática de la Grecia por la for-

mación del régimen urbano y la creación del tipo de economía que dicho régimen supone; sin embargo, esta demostración no es satisfactoria y se presta a discusión (cf. «La cité grecque»); Haissebröck ha demostrado hace poco que el régimen que predominaba en Grecia y aun en Atenas era el régimen rural; el mismo Aristófanes en su comedia «Los caballeros» da una imagen que demuestra esta afirmación en donde pinta al ateniense como un hombre que llegaba al ágora llevando un puñado de aceitunas en el bolsillo y una guirnalda de olivos en la cabeza. En este sentido la idea de Glotz es inadecuada y se debe en parte a que toma como tipo de la ciudad griega a Atenas, en lo cual no hace sino seguir a Fustel de Coulanges («La cité antique»).

De tal manera los movimientos que acontecen en Grecia a partir del siglo VII no pueden derivarse de una causa puramente económica, ni social. El estudio más detenido de los hechos revela la presencia de otros elementos que tuvieron una importancia considerable. Así esto no puede derivarse únicamente de las condiciones apremiantes en que se hallaban los hectomoros, con sus deudas agravadas por la aparición de la moneda. No; una de las causas de este movimiento debe hallarse en las doctrinas órficas, el cual fué posterior a Hesíodo, quien espera que dicha situación será solucionada por los dioses. El movimiento órfico aparece en el siglo VII, aunque las primeras cofradías pertenecientes a él que se conocen datan del siglo VI y lo que dicho movimiento significa se revela en las siguientes palabras de un autor europeo, cuyo nombre no recuerdo por el momento:

«Ellos venían a tiempo (se refiere a los que propagaron el orfismo); la buena novedad que traían correspondía a una necesidad universal. Revelaban los orígenes del género humano, que el alma era divina y que el cuerpo en cambio no era sino una prisión impura. Entonces, contaban, Zagreus, el hijo de Zeus y Persefone, había recibido de un padre como un precioso dón el imperio del mundo. Pero, ¡ay! los titanes, celosos y envidiosos, juraron vengarse de él dando muerte al adolescente divino; un día que él se había transformado en toro, después de una persecución implacable se apoderaron de él, lo mataron y se lo comieron en pedazos. Pero el joven mártir no murió por completo; Atenea salvó su alma y Zeus lo resucitó bajo el nombre de Dionysos. Al mismo tiempo fulminó a los titanes para castigarlos por su falta quitándoles su poder y de sus restos nacieron los hombres, quienes llevaban dentro de sí dos elementos: El uno celeste, sublime, que es el espíritu; el otro titánico e inmundo, el cuerpo. Solamente la muerte libra al alma de su envoltura carnal...» Estos sacerdotes órficos esparcieron la verdad por doquier comunicándole tanto al esclavo que trabajaba en las grandes propiedades y al pequeño propietario que malgastaba su vida trabajando penosamente en su pequeña heredad, como al rico caballero que gozaba del usufructo de sus enormes propiedades y que se arruinaba comprando objetos exóticos. De esta idea nació el individualismo griego, de la idea de que el hombre era divino, que participaba de ello, idea que no se encuentra expresada ni en Homero, ni en Hesíodo, pero que solamente en la época clásica iba a encontrar su expresión más

sublime en las doctrinas de Platón.

Esta evolución social de que se ha hablado ocurrió en las ciudades adonde llegó el movimiento órfico y en donde tuvo una marcada influencia. Los movimientos anteriores, el apolinismo que llegó junto con los dorios y el dionisismo perduraron en todas aquellas ciudades en donde perduró igualmente el régimen oligárquico, como ser en Beocia, en Tesalia, etc. Y todos estos movimientos dejaban en pie la afirmación de los nobles, quienes pretendían que sólo ellos participaban de lo divino, porque entre sus antepasados contaban a un dios que se había unido en abrazo amoroso a un mortal. De aquí se deduce que las causas económicas y políticas tienen una importancia secundaria, y no primordial, como creía Marx. Puede afirmarse, en general, que lo económico no es el factor determinante de la historia, ni tampoco del ritmo de las generaciones, sino que, a lo sumo, es un factor que suele precipitar los acontecimientos en ciertos casos, pero en ninguno de estos casos la solución del problema económico evita lo que está por venir, a lo más logra retardarlo.

Si la revolución francesa se debió, como afirman los marxistas, a causas económicas, a la gravedad de la situación financiera y al aumento progresivo de los impuestos, a la pésima situación de la Francia en este sentido durante el reinado de Luis XVI, cabría preguntar, suponiendo con los marxistas que estos factores fueran los esenciales, ¿por qué esta revolución no estalló en otro país de Europa, o, mejor todavía, por qué no estalló en la época de Enrique IV, en la cual la Francia se hallaba en una situación financiera

mucho más grave aun, época en la cual los burgueses se vieron privados de los derechos que habían tenido en la Edad Media, en que persistían los impuestos y trabas que habían sido creadas por el feudalismo, y por qué el asunto de la servidumbre no había sido solucionado aun?, y ¿por qué estalló a pesar de algunas de las medidas económicas peregrinas tomadas por Luis XVI? Y también, ¿cómo puede explicarse económicamente el renacimiento, cuando éste no era sino la culminación necesaria de un movimiento cultural que comenzó en el siglo XIII, junto con la culminación del gótico, con Dante y Boccaccio, con Signorelli y Lucca della Robbia, con Roger Bacon y Nicolás de Oresme?, y todavía, volviendo a lo anterior, ¿por qué el individualismo griego apareció antes de la evolución del régimen monetario y por qué este individualismo produjo la llamada democracia griega que, en resumidas cuentas, no es sino una aplicación del orfismo a la política, en el sentido de que siendo todos los hombres participes de lo divino todos se hallaban en iguales condiciones de opinar y hacer valer esta opinión en los asuntos de la polis? Y todavía, y he aquí un ejemplo muy socorrido por los marxistas, ¿acaso la revolución «proletaria» de Rusia puede justificarse solamente desde el punto de vista económico-social? Con respecto a esto último cabe afirmar que la revolución rusa no hizo sino resucitar las antiguas instituciones eslavas con un nombre distinto, las mismas que habían sido abolidas por los europeizantes—Pedro el Grande, Catalina II—, y en el hecho de que el pueblo ruso no ha salido aun de la etapa cultural proto-histórica o

pre-cultural, por cuanto no tiene aun una cultura sólidamente formada y todo lo que tiene, por lo menos, hasta hace muy poco—incluso la filosofía del Estado que es el marxismo (producto genuino del siglo XIX europeo)—ha sido traído desde fuera, sin ser asimilado, ni fundido en el crisol en donde aun se está incubando la futura cultura rusa, en la cual hay elementos que vienen de la antigua Grecia por medio de las colonias del Ponto-Euxino; de las culturas orientales, de Bizancio, de la persa por medio de los escitas, etc.

En Grecia en lo que se refiere al movimiento que llevó de la reyecía homérica—institución que aparece con caracteres bien netos en la Iliada, pero ya debilitada en la Odisea (compárese, por ejemplo, a Agamenón con Alcinoos)—a la oligarquía, es por demás complejo este proceso. Es cierto que los caballeros, los basileus, los jefes de los clanes tuvieron siempre deseos de aumentar sus riquezas y de apoderarse del poder, pero esto no fué posible sino por la progresiva destrucción del régimen gentilicio y por el debilitamiento del poder de la familia. Estos reyes de los clanes se llamaban basileus y por encima de ellos se hallaba el «basileústatos», o rey de los reyes que había sido primitivamente el más poderoso de aquellos jefes y a cuyo servicio se pusieron en un principio, incondicionalmente, los basileus. Esto sucedió cuando se produjo la disolución de las grandes familias, porque con todo, los basileus no habían perdido la totalidad de su poder; así el rey les convocaba a grandes asambleas en donde tomaba su parecer para llevar a cabo las grandes empresas. Así cuando Agamenón es impul-

sado por Zeus a llevar a cabo una acción en masa en contra de Troya, convoca a los jefes de todos los países que le eran aliados; y de aquí resultó, de este residuo de poder, un aumento progresivo de él, lo cual determinó finalmente la muerte de la reyecía, o su relegación a un carácter de magistratura religiosa, y sólo en Esparta los reyes tuvieron cierta importancia, y en los mejores casos fueron jefes del ejército, como ocurrió en las colonias del Occidente.

Por lo dicho hasta aquí se ve que todos estos movimientos se hallan precedidos por una especie de alba ideológica, así el movimiento democrático griego fué antecedido por el orfismo y su consecuencia inmediata, el individualismo; hay, pues, generaciones que actúan ideológicamente basándose en lo que pudiera llamarse una «pre-estructura» y de esta manera se oponen al pasado. Pero tampoco hay que creer que esto se debe solamente a la acción de algunos intelectos vigilantes que perciben a lo lejos zonas de piel aun intactas. Por ejemplo, y aquí uno más opuesto al materialismo histórico, las ideas que impulsaron a los hombres de la revolución francesa no fueron gestadas en cerebros de hombres pobres que se hallasen en una situación crítica (lo que siempre es un pretexto para hablar mal de los que la tienen mejor). Rousseau, Voltaire, Diderot, Beaumarchais eran burgueses ricos que aspiraban afiliarse a la nobleza y coqueteaban con ella, y los amigos de «tiranos» como Voltaire, se desvivían por gozar de los favores de un algún rey o de un noble, y, por otra parte la situación de la Francia en aquella época era relativamente holgada; sus inspiraciones las sacaron esos autores

del parlamentarismo inglés y de algunas lecturas apresuradas de autores de la Grecia y Roma clásicas.

Por otra parte, en aquella época existían los llamados «parlamentos de París» que se hallaban formados por burgueses y a los cuales convocaba el rey de vez en cuando para consultarles (el último que los convocó fué Luis XV; Luis XVI no lo hizo), y éstos se hallaban asesorados por un comisionado del rey. Durante la Edad Media estos parlamentos de burgueses habían gozado de una autonomía absoluta, por esto no es raro que aspirasen a reconquistar la libertad que les había sido arrebatada por el absolutismo en formación.

Pero tampoco debe entenderse el problema de las generaciones como un problema puramente cronológico, como pudiera desprenderse de lo que hasta aquí se ha señalado; no ha de suponerse, pues, que las generaciones se suceden las unas a otras en continuas reacciones y choques que se producen debido a la desafinidad que reina entre ellas. Entendido este problema como un problema vital resulta comprensible desde este punto de vista, ya que pertenece a la esencia de toda juventud genuina la rebeldía frente a aquello que le representa el pasado, el cual casi siempre se halla representado por sus padres o sus maestros y estas reacciones suelen tomar las formas más diversas. Estas reacciones entre las generaciones deben entenderse en este caso como un problema cultural, y no cultura en el sentido del saber individual como se cree vulgarmente—esto es, de reacciones dentro del desenvolvimiento científico y filosófico—, sino tomando la cultura como un con-

cepto histórico en la forma que lo hace Frobenius. Pues ha sucedido muchas veces en la historia, que los restos de la generación vencida que persistían como en un segundo plano, reaccionan sorprendentemente contra las nuevas normas inauguradas por la generación vencedora y logra restablecer las antiguas aunque ligeramente modificadas. Un caso típico de este azar es lo que ocurrió en Corinto después de la caída de los Cípsélicas, en donde, opuestamente a otras ciudades de Grecia—a Atenas, por ejemplo—, en lugar de pasarse de la tiranía a la democracia se pasó de ésta a la oligarquía nuevamente, aunque un poco atemperada; cosa análoga sucedió en Sicione y en Argólida; en Megara la oligarquía volvió después de un corto período de régimen democrático (aquí se revela una vez más el carácter perfectamente alógico de la historia). Esto trae como consecuencia en los lugares en donde esto sucede un decaimiento general, ya que la generación nueva decae y se pierde por completo, la antigua influencia a las posteriores las que terminan por periclitarse y volverse impotentes.

Pero el caso más sorprendente y revelador en este sentido es el de Egipto del 1380-1350. Así el Egipto de Tuthankahmon—un reyzeulo sin importancia (1350)—se vuelve contra todas las reformas hechas por Ikhunatón o Amenofis IV; este rey había instaurado una nueva religión de carácter monoteísta; lo cual se oponía francamente al politeísmo tradicional y al fetichismo incipiente del culto egipcio (la religión egipcia, como también toda la «cultura» egipcia, es lo más anárquico, desordenado, paradójico e inconsistente que hay en la antigüedad; no hay allí lógica cultural

alguna; el conjunto de la civilización egipcia da la idea de que se han ido yuxtaponiendo una serie de elementos heteróclitos, despojados de su carácter originario, sin fundirlos en una unidad cultural, sino bajo el rasero nivelador de una civilización hiperintelectualizada: así se explican una serie de contradicciones en la civilización egipcia: la creencia en la inmortalidad del faraón, se opone al encierro en una pirámide de esta estructura del cadáver de éste; el elevado culto al sol e Isis y Osiris se opone a los groseros rastros de fetichismo aun vigoroso, como el culto a los animales, al cocodrilo (Sebhek-Ra), al buey Apis; carácter vital, tal vez, lo cual a su vez se halla en oposición con la rigidez y sequedad del arte egipcio e igualmente a la ritualización excesiva del culto. ¿Qué significa esto? ¿Es el Egipto tal cual le conocemos el resultado de una cultura cuyas creaciones no han sido descubiertas o es su carácter un carácter especial que le ha sido dado por el medio, como cree Woermann? ¿Es que existe una franca incapacidad cultural en el egipcio? Problemas sin solución. Para más detalles sobre el carácter del Egipto, véase el libro genial de G. Worringer, «El arte egipcio», Madrid, 1927). Ikhunatón crea una serie de reformas y aparecen nuevas formas de arte, perdiendo éste su carácter rígido, así las estatuas femeninas desnudas encontradas en Tell-el-Amarna tienen una morbidez, una plenitud de vida que no se encuentran en ninguna otra época del Egipto; igualmente un pavimento pintado de un palacio de Tell-el-Amarna representa seres que se hallan dotados de una movilidad prodigiosa; lo mismo sucede con las plantas las cuales también parecen dota-

das de la movilidad del animal (compárese en cambio una figura cualquiera de otra época con éstas: mientras aquí hay movilidad y vida, allá aparece una imagen momificada y rígida). La reforma de Ikhunatón era esencialmente religiosa, consistía en la adoración del disco solar como fuente de luz, cuyos rayos «nutren todos los territorios y cuando aparecen viven y crecen para ti» (Himno a Atón). Este culto, según cree Moret (Cf. «Le Nil et la civilization égyptienne», Q), tenía por objeto procurar la unidad moral y religiosa del imperio egipcio y de sus colonias que habían llegado a su mayor extensión. No se crea que este movimiento fué solamente el producto de la reforma peregrina de un rey con el objeto de satisfacer sus ambiciones de riqueza y de poderío (esto se basa sobre el hecho de que Ikhunatón expulsó a los sacerdotes de Amón que hasta entonces habían sido los verdaderos «faraones» del Egipto e hizo recaer todas las atribuciones gubernamentales en la personalidad del rey), no; el mismo Moret encuentra en un himno a Amón el «preludio de una voz poderosa que va a proclamar la adoración del sol, pero separada de Amón, la voz de Amenofis IV-Ikhunatón» (cf. op. cit., p. 371). Se ve, pues, que este movimiento estaba fundamentado en una evolución interior, y hay también aquí la señal de la «pre-estructura» en el himno citado. Ikhunatón reinó pocos años, alrededor de quince. (Worringer dice que esta es la única época en la cual el Egipto pierde su rigidez, que la supervalorización tradicional del Egipto se debe a que se le ha tomado por los restos de Tell-el-Amarna; cf. op., cit., p. 27). Pero muerto Ikhunatón es sucedido por su hijo

Saakara (gobierna dos años), y en seguida viene Tutankhaton, bajo quien ocurre la «inevitable reacción», quien es obligado por los sacerdotes de Amón a restaurar el antiguo cuito; el rey queda convertido en un mero simbolo, pierde todas sus atribuciones políticas, fuera de las religiosas; desaparecen las nuevas formas creadas y todo vuelve a quedar como si nada hubiese acontecido, como el agua que borra la estela del barco. Todo esto nos demuestra que la historia carece de «lógica» en el estricto sentido de la palabra; demuestra igualmente que la historia carece de leyes de una estricta vigencia y que nunca puede calzar en los marcos a priori que se trazan por algunos sabios y filósofos con el «fin» de «comprenderla». De aquí resulta que este problema de las generaciones debe entenderse cuidadosamente y debe ser aplicado sin absolutismo.

No debe entenderse el problema de las generaciones como un problema producto de minorías selec-

tas, ya que los que luchan conscientemente son pocos, quienes a la larga terminan por arrastrar tras de sí a los demás; no se caiga, pues, en la ingenuidad de creer que la oposición entre las generaciones es el resultado de una «élite» renovadora, porque también los que no pertenecen a dicha élite se oponen a la generación anterior. Así dentro de la actualidad las formas de oposición de la élite se hallan en el arte, en la creciente inaccesibilidad de los nuevos descubrimientos de las ciencias a los profanos, en las formas abstractas del arte actual. Las formas vulgares de oposición a la generación anterior moralista y utilitaria, se reflejan en una nueva vuelta a la vida revelada en las modas modernas, en los productos de la juventud actual que son el tipo del «señorito satisfecho» y el del «estudiante marxista»; en el desprecio de los vulgares por los más dotados, etc.

(Continuará)